

Nuevas investigaciones sobre la adquisición de la lengua escrita¹

Emilia Ferreiro*

Quiero enfatizar en estos pocos minutos el interés que revisten las investigaciones estrictamente comparativas, que, a mi modo de ver, en el caso de la adquisición de la lengua escrita, reside en la posibilidad de confrontar distintas ortografías, p.e., que difieren sobre puntos específicos y que pueden esclarecer el origen de ciertas ideas infantiles.

Por supuesto, no se trata de comparar por comparar sino de comparar con alguna hipótesis que justifique la comparación. Lo comparativo es interesante en sí mismo pero puede ser folklórico, en el sentido de ser un catálogo de cosas interesantes y nada más; empieza a ser realmente relevante cuando tenemos una hipótesis específica con la cual vamos a buscar ese contraste en dos o más lenguas que no podríamos producir en una misma lengua.

El ejemplo que les quiero contar está publicado en una revista italiana que, a pesar de mis esfuerzos por encontrarla en alguna biblioteca argentina, no he podido hallar y, por lo tanto, es de difícil acceso aquí. La revista se llama **Etá evolutiva** y me voy a referir al artículo Doppie o dopie. *Comme i bambini interpretanno la dupplizazioni di lettere*, que apareció en el número 27, de junio de 1987, páginas 24 a 38. El trabajo que hicimos conjuntamente con colegas de la Universidad de Roma, con Clotilde Pontecorvo y Cristina Zucchermaglio, tenía por objeto probar una hipótesis en la cual no creíamos. No suele ser frecuente que uno se dedique a probar hipótesis en las cuales no cree pero, a veces, puede ser útil buscar si hay sustento para una hipótesis que a uno le parece muy poco plausible.

Esa hipótesis era que la exigencia de variación interna proviniera de la frecuencia de las duplicaciones de letras en la ortografía de una cierta lengua. Sabemos que en cierto momento de la evolución de la escritura, los chicos evitan repetir el mismo carácter, la misma letra en la misma escritura y dicen que eso no se puede leer o no está bien escrito; algunos exigen que todas las letras sean diferentes al escribir una palabra y otros aceptan alguna repetición, no más de una y con una condición que aparece como muy extendida: si hay repetición que no sea en la posición contigua. Si tengo que poner dos veces la misma letra, trato de no poner la repetida al lado de la precedente, p. e., si tengo que poner dos emes, mejor es que empiece con *m* y termine con *m* y no que estén al lado.

Es cierto que en el caso de la ortografía del español hay pocas letras repetidas en posición contigua; en la ortografía del español son pocas las

¹ Este texto corresponde a la versión grabada de la intervención de Emilia Ferreiro en la sesión temática acerca de **Nuevas investigaciones sobre la adquisición de la lengua escrita**, con muy pocas modificaciones. Conserva, pues, el carácter de una presentación oral.

* Doctora en Psicología. Hizo su tesis bajo la dirección de Jean Piaget, en la Universidad de Ginebra. Investigadora de los procesos de adquisición de la lengua escrita.

consonantes que se pueden repetir, si las tomamos estrictamente como formas gráficas; no estoy hablando aquí de los fonemas vinculados con esos caracteres, estoy hablando sólo si los vemos como un conjunto de formas gráficas en sucesión, en ese caso podemos encontrar con bastante frecuencia una *r* que sigue a otra *r*, podemos encontrar con bastante frecuencia una *l* que sigue a otra *l*. En tanto que no es tan frecuente encontrar otras consonantes repetidas, algunas se encuentran con bajísima frecuencia, una doble *n* como en *perenne*; pero, es muy raro encontrar esas dobles enes. La presencia de más de una duplicación en una misma palabra escrita también es poco frecuente, p.e., *desarrollo*, siempre desde el punto de vista gráfico, doble *l*, doble *r*.

En italiano la situación es completamente diferente, las duplicaciones de consonantes son muy frecuentes; es muy frecuente, además, encontrar más de una duplicación en una misma palabra escrita e incluso palabras muy comunes se escriben con tres duplicaciones.

Dada esa situación tratamos de probar la siguiente hipótesis: ¿será que los chicos italianos no presentan la hipótesis de variedad interna en la segunda versión de esa hipótesis, la hipótesis restringida, es decir, no repetir la misma letra en posición contigua, no van a presentar ese tipo de construcciones porque en el ambiente los datos van en sentido contrario? La respuesta a esa pregunta fue claramente negativa.

Hicimos una segunda hipótesis: ¿serán los chicos italianos más tolerantes a la repetición de letras en posición contigua que los chicos de habla hispánica, precisamente porque registran ese dato de la escritura del ambiente?

Gracias a que yo trabajé un mes como profesora visitante en la Universidad de Roma, pudimos ponernos de acuerdo sobre un diseño experimental que probamos conjuntamente en Roma y que luego me permitió, yendo a México, recoger datos en México al mismo tiempo que los colegas italianos recogían datos en Roma y luego contrastar los resultados intentando, primero por separado, cada quien de su lado, hacer un intento de clasificación de los mismos. Luego, por suerte, hubo un congreso que nos permitió juntarnos y discutir las clasificaciones y ver si era posible dar una interpretación de conjunto.

Lo que propusimos a los chicos de cuatro a seis años fueron pares de tarjetas con nombres, como éstas:

Italiano	Castellano
CANE / CANNE	POLO / POLLO
CARO / CARRO	CARO / CARRO
CAFE / CAFFE	CAFE / CAFFE

donde la única variación era que una letra estaba repetida. Había en total de 10 pares de tarjetas diferentes; a veces la repetición estaba al inicio, otras al medio y otras al final; eran repeticiones de consonantes o de vocal.

Estos son sólo 3 ejemplos donde hay otros tipos de coincidencias. El primer ejemplo que en italiano aparece como *cane, canne* y en castellano como *polo, pollo*, corresponde al hecho de que la presencia o ausencia de la duplicación nos lleva a palabras de la lengua que significan cosas muy diferentes pero las dos secuencias gráficas existen efectivamente en la lengua. En otro caso también: *caro, carro*, simplemente que el tipo de diferencia semántica en italiano y en español son diferentes pero las dos existen. En el otro caso: *cafe, caffè*, con una *f* o con dos, estamos frente a una secuencia que con dos *f* en italiano es correcto y con una *f* es inexistente; en el caso del español estamos en la situación inversa: con una *f* es correcta y con dos es inexistente.

Así se sigue con una serie de contrastes. Presentábamos simultáneamente esos pares de tarjetas, cada una de esas palabras escrita en un cartoncito separado, todos los cartoncitos tenían el mismo tamaño y el mismo color y presentaban el mismo tipo de letra. Controlábamos el orden espacial de presentación de las tarjetas: cuál iba arriba o abajo, o a la derecha o a la izquierda. Al presentar a los chicos los pares se les decía: en una de esas tarjetas dice *pollo*, en cuál te parece que dice *pollo* y porqué. Así pasábamos el conjunto de los pares de tarjetas y una vez que obteníamos el conjunto de las aceptaciones y los rechazos, volvíamos sobre las tarjetas pidiéndoles que recordaran cuál habían elegido: ¿dónde me dijiste que decía *pollo*?, ¿en esta otra dirá algo o no dirá nada?, y si dice algo, ¿qué dirá?

Muy brevemente les comento el primer resultado interesante: las categorías con las cuales podían clasificarse los datos eran las mismas para las dos lenguas, no había chicos italianos que necesitaran una categoría *ad hoc* ni chicos mejicanos que necesitaran una categoría *ad hoc*.

El segundo resultado interesante fue contrario a lo esperado, pero para comentarlo tengo que decirles un poco en qué consistían esas categorías. Por ejemplo, lo que nos parece el tipo de respuesta menos evolucionada es la de aquellos que dicen que en cualquiera de las dos dice la palabra, dice *pollo* en las dos y da igual. Esos chicos eligen a veces simplemente por razones de posición, siempre eligen la palabra que está abajo, si se presentan en vertical o la que está a la izquierda o a la derecha si están en horizontal. Esos chicos parecen indicarnos que la diferencia que nosotros presentamos, no es considerada una diferencia relevante para generar una diferencia de significado o sonora, es demasiado poca diferencia y entonces puede decir lo mismo en los dos lados.

Respuestas más interesantes son las de aquellos que sí observan y señalan la diferencia y entonces piensan que no puede decir lo mismo en los dos lados porque hay una diferencia cuantitativa, aunque no sea cualitativa, en la medida en que las mismas letras están en las dos escrituras pero hay una que está repetida y, por lo tanto, hay una letra más. Algunos chicos buscan dar cuenta de esa diferencia quedándose en la palabra original, entonces si en una dice *pollo* en la otra puede decir *pollito*, buscando un diminutivo o un aumentativo. Otros buscan por el lado de proximidad semántica, p.e., si en una dice *pollo* en la otra puede decir *huevo*. Si en una dice *carro* –en Méjico

carro significa auto– en la otra puede decir *rueda* y así siguiendo con una serie de proximidades semánticas.

Hubo chicos que sistemáticamente rechazaron las escrituras donde había una duplicación y lo dijeron claramente, no solamente porque no elegían ésas sino porque, cuando les preguntábamos en la segunda vuelta si ahí decía algo, decían claramente: “ahí no dice nada porque está mal escrito”. Esos chicos eran mejicanos e italianos, el problema es que había más italianos que mejicanos que rechazaban explícitamente las escrituras con duplicaciones de letras, esas que son tan frecuentes en la escritura del italiano.

Se expresaban, por ejemplo así: Francesca rechaza *gomma*, diciendo “hanno sbagliato a mettere questa emme”, “ è sbagliato, ce ne vuole una sola”. Francesco, de 6 años, frente a las tarjetas que tienen duplicación dice: “è più lungo ma non vuol dire niente”. Después de pasar por todas las tarjetas, frente a la escritura de *attaccapanni* (perchero), Francesco dice: “ci sono troppe sillabe, troppe parole, non può andare, così non vuol dire niente”. Este es un rechazo muy rotundo.

Estas son las sorpresas que uno puede tener a veces haciendo estudios comparativos y probando hipótesis en las cuales no se cree. Obviamente el pensar que el requisito de variación interna proviene directamente de la lectura de los datos de la experiencia sería de un empirismo ingenuo; sin embargo, honestamente pensábamos que los chicos italianos iban a ser más tolerantes, precisamente porque la construcción de la escritura en el chico no es un proceso puramente endógeno ni podría llegar a serlo sino que es un proceso que toma muy cuidadosamente en cuenta los datos de la experiencia, pero esa selectividad frente al dato es también una de las maneras de trabajar con el dato. Cuando uno se pregunta quiénes son los que rechazan tan fuertemente las escrituras dobles, la respuesta es la siguiente: son chicos que no tienen las escrituras menos evolucionadas, son chicos con escrituras bastante evolucionadas, en su mayoría con producciones silábicas, silábico-alfabéticas o ya alfabéticas. Parecerían sentir en ese momento muy fuertemente el malestar frente a esas dobles letras. No es nada que aparezca en los más pequeños en términos de la evolución. Los dejo con la inquietud de saber cómo se puede explicar este tipo de datos; simplemente señalo que, a veces, es útil probar una hipótesis en la cual uno no cree, puede haber sorpresas.

Es utilísimo hacer estudios comparativos, hay cada vez mejores condiciones para hacer estos estudios y solamente a partir de ellos podemos por lo menos descartar hipótesis interpretativas y a veces fundamentar adecuadamente algunas otras. Este trabajo nos sirvió, entre otras cosas, para poder decir que esa hipótesis de variedad interna no está relacionada con la frecuencia de las duplicaciones de letras en el medio ambiente que rodea al chico.